

## PRESENTACIÓN Y REVOLUCIÓN DE MONTES EN MADRID

Rafael Cabrera Bonet\*



parecer Francisco Montes en Madrid y revolucionar el estado de la fiesta de los toros del momento, todo fue uno. Aunque lo han comentado ya sesudos estudiosos, ya tratadistas taurómacos, ya historia-dores al uso de la tauromaquia, con más bien pocos fundamentos y mucha imaginación antaño, y con más y mejores fuentes hogaoño, la verdad es que aún faltan datos que justifiquen tales aseveraciones. Yo mismo, metido en semejantes vericuetos, lo comenté en el título de una conferencia –ampliada– publicada apenas hace un año y pico. No obstante, hay quien todavía no se aclara con el término revolucionario, porque, y es verdad, no quedó explícitamente expresado, citado y explicado en aquellas líneas, que, por lo extenso, aparentaban más ya una biografía al uso que una conferencia también al uso. Y eso que aún quedaron más del doble de páginas escritas en el anonimato de mi archivo.

A ello, con la debida modestia, vienen estas líneas, para aclarar el término, definir sus límites y explicar su alcance y cómo, en una sola temporada, *Paquiro* revolucionó el mundo de los toros, y la afición, cuando menos la madrileña, se rindió sumisa a sus pies.

---

\* Secretario de la Unión de Bibliófilos Taurinos. Director del Aula de Tauromaquia de la Universidad de San Pablo-CEU (Madrid).

Para ello daremos un detenido repaso a las crónicas de la época que nos narran cómo transcurrió esta su primera temporada como espada de cartel, ya que, hasta su presentación madrileña no figura más que como media espada en festejos andaluces. Vayan pues estos nuevos –algunos lo son y otros ya fueron publicados– aunque añeños datos a la palestra y defiendan la tesis como parece.

\*\*\*

En la primera media corrida de la temporada de 1831, celebrada en la tarde del 18 de abril, anúnciase Montes como nuevo en la plaza de la Corte y natural de Chiclana, como en verdad lo fue. El cartel estuvo compuesto por tres toros de D. Manuel de Gaviria, vecino de Madrid, con divisa encarnada, y tres de D. Manuel Bañuelos Rodríguez, de Colmenar Viejo, con azul turquí, para los picadores Juan Pinto y Francisco Sevilla, actuando como matadores Juan Jiménez, Manuel Romero y Francisco Montes, y como sobresaliente de éstos, Pedro Sánchez. Dirá un anónimo cronista de la capital que «La función se empezó a las 4 sin más toreros que los dos de a caballo. Primer azar».

*Paquiro* lidió el primer toro por cesión de Juan Jiménez, con el que alternaba por vez primera. Era de don Manuel de Gaviria, y resultó bravo y boyante, recibiendo ocho varas de los picadores Pinto y Sevilla. «Le pusieron tres pares de banderillas y lo mató Montes, por habérselo cedido la primera espada, de cuatro estocadas, la una en hueso recibido, y tres a volapié, las dos atravesadas», dirá *El Correo*.

El anónimo escritor madrileño, hasta hace poco reconocido –creemos que equivocadamente– como Basilio Sebastián Castellanos, relataría esta primera faena de la siguiente manera:

«1º...De Gaviria: buen mozo y bien encornado, boyante, cumplió, casi siempre llegó, tomó siete varas, hirió los caballos a los picadores sin caerlos, le pusieron cinco banderillas, y le mató

Montes por cesión de Jiménez, de dos estocadas en buena dirección, que salieron por debajo del brazuelo izquierdo, las dos recibíendole; otra regular, dos pinchazos en hueso y otra buena todo a volapié».

El comienzo no fue bueno y, como tantos otros espadas noveles, Montes estuvo a punto de fracasar. Cuatro estocadas, aunque la primera –y quizá también la segunda– fuese recibiendo, fueron mal principio en su carrera madrileña, sobre todo si dos de ellas resultaron atravesadas («salieron por debajo del brazuelo izquierdo»), quizá por salirse de la suerte y tener que alargar el brazo (suponemos esto mejor que creer en la excusa –defendida por el periódico– de que el toro se echó descaradamente fuera al notar el acero o que fueron atravesadas por exceso de mando de la mano izquierda, despidiendo en demasía la res, como opinarían los más ciegos apologistas). El toro madrileño (de origen gijón) fue, a juicio de los cronistas, «bravo y boyante» o «boyante y cumplió», es decir, que no ofreció grandes dificultades para su lidia, y de ahí que la falta de pericia con la espada haya que achacársela al matador y no a las dificultades que mostraba la res. Además, tanto *El Correo*, como el anónimo crítico madrileño, achacan el defecto directamente al diestro.

Lidió, asimismo al cuarto de la tarde, de Bañuelos, «cobarde» según *El Correo*, y «bien encornado, cobardón y muy revoltoso» según el anónimo escritor. Montes acabaría con él de «tres estocadas, recibíendolo en todas». El ignorado autor de las crónicas refiere así la lidia de este marrajo:

«...no tomó vara alguna, le pusieron ocho banderillas de fuego, y en una de las veces que el banderillero José García Calderón salió huyendo de la cabeza del toro éste lo alcanzó en la carrera y llevó encunado tirándole varios derrotes en la espalda y rompiéndole la chupilla por varias partes, le mató Montes de un pinchazo en hueso y dos estocadas cortas en buena dirección recibíendole,

estuvo encunado en las dos y en la segunda recibió un puntazo en la parte superior e interior del brazo derecho junto al codo, y un varetazo más arriba en la primera por lo que se retiró, rematando al toro con la puntilla».

La cogida, que pasó desapercibida a muchos de los espectadores, es ratificada por el cronista de *El Correo*:

«Se retiró por haber sido herido al extremo del brazo derecho sin haber hecho ninguna demostración que indicase semejante accidente».

Este detalle le honraría como lidiador pundonoroso y serio: nada de gestos para la galería, nada de excusas ante un toro difícil y complicado. Acabó con la vida de la res antes de retirarse por su pie a la enfermería sin buscar el aplauso fácil o la compasión de los más fácilmente afligibles.

A pesar de ello, ni uno ni otro críticos le serán muy favorables en su primera impresión, aunque no dejan de ver en él fundadas esperanzas. *El Correo* afirmará que «El joven Montes ha trabajado con mucho asiento y serenidad. Ha hecho muy buenos quites, tiene todo lo que se necesita para ser un buen torero, le falta lo que se adquiere por medio de la experiencia y la copia de buenos modelos». Y el otro nos sentenciará que «los matadores como se demuestra; el nuevo muy sereno delante de los toros y nada más por ahora». Buenas expectativas pero aún sin confirmar auguran ambos autores presenciales.

Por esta su primera función madrileña, cobraría *Paquiro* 1800 reales de vellón, claramente por detrás de los 2600 de *El Morenillo* o los 2000 que recibiría Romero Carreto, cantidades que se repetirían a lo largo de toda la temporada.

Sin tener cerrada la herida, tal y como el anónimo autor nos relatará, se anunció para la siguiente fiesta, lo que acredita al espada de Chiclana como hombre duro y valiente y con ganas de agradar al respetable. La corrida se celebró el día 25 de abril,

apenas una semana más tarde que la primera, y en ella se correrían dos toros de Gaviria, dos de Diego Muñoz, dos de Francisco Javier Guendulain y uno, de gracia, del presbítero Sanz, de Pedraja del Portillo. A Montes le correspondió matar el tercero, de Guendulain, y el sexto, de Gaviria. A su primer toro lo finiquitó de «una atravesada recibéndolo y otra buena al volapié»; al sexto le daría «una un poco baja recibéndolo».

En las observaciones finales el anónimo cronista resume: «La función alegre, divertida, y sin azares; los matadores como se demuestra, el nuevo más desahogado que en la función anterior, asistió con acierto a los picadores que estuvieron muy buenos uno y otro; (...); la gente salió contenta y los aficionados también»; y ello a pesar de que Montes volvió a matar atravesado, haciendo guardia la estocada a su primer toro, de Guendulain.

A pesar del defecto señalado al matar, es preciso destacar que *Paquiro*, desde el primer momento, intenta practicar la suerte de recibir en estos sus primeros toros madrileños. De los cuatro que mató en las dos funciones iniciales, en los que empleó 10 estocadas (sólo tres en la segunda corrida), intentó o consiguió la suerte de recibir en siete ocasiones. Y esto era algo que los propios cronistas echaban en falta como norma general en los últimos años. Vino pues, Montes, con unos nuevos modos, que si no suponen invención o revolución, sí rescate de una suerte que, cada día, era menos practicada en aquellos tiempos.

En el resumen del festejo, *El Correo* empieza a levantar su bandera a favor del diestro de Chiclana: «¿Qué tal el nuevo? ¿Qué le parece a vmd. la tercera espada? Este deseo de fijar acertadamente la opinión acerca del mérito del joven Francisco Montes, ha sido el tema sobre que ha girado la conversación entre los aficionados. A todos gusta, todos elogian su serenidad, su presencia de ánimo y la firmeza con que hace los quites a los caballos. Ponderan mucho su muleta, cuyo

manejo conoce, sabiendo hacer uso de ella con más oportunidad de lo que debía esperarse en un principiante; agrada el modo de recibir los toros, clavados los pies, parado en el centro, dirigiendo la cabeza del toro con la mano izquierda, y tendiendo el brazo derecho hasta correr el estoque en toda su longitud. Pero conviniendo todos en esto, hay algunos sin embargo que atribuyen a su poca firmeza al recibir el toro las estocadas atravesadas que ha dado; deduciendo de aquí que sale andando según la regla general, moderna costumbre. Esta observación, que, a primera vista parece no tiene réplica, pierde mucha fuerza, si se considera que no siempre es el torero el que se aparta, pues muchas se sale el toro, especialmente los blandos, en fuerza del dolor que sienten al recibir la estocada; que otras es la muleta la que los saca y los desvía, y no en pocas reuniéndose ambas causas hacen se atravesase más o menos la estocada; y de aquí dimana que se den tres, cuatro y más a un toro, que sin embargo se conserva entero; ¿y por qué? porque las estocadas fueron atravesadas o dadas entre cuero y carne. Pero se dirá que en el caso presente la espada salía por el lado opuesto, y esto solo significa que el torero metió la espada hasta la cruz; y que siendo el toro estrecho y el estoque largo, no hay bastante buque para que quede oculto el último tercio la espada, por cuya razón deberían usar los toreros de espadas más cortas que las ordinarias para matar la clase de toros de que hablamos».

Sin salirnos de la región que hoy ocupa la capital, el diario madrileño también se hace eco de los festejos que se celebraron en Aranjuez. La primera función de toros de este 1831 tuvo lugar el 8 de mayo, aunque sólo pudo lidiarse un toro por la gran tromba de agua que cayó. El único espada que pudo intervenir, y mal, fue Roque Miranda, al que, tras varias estocadas, mandó retirar un alguacilillo y salió, al fin, la media luna para desjarretar al toro de don Manuel Bañuelos

Rodríguez, que se había comportado como bravo, recibiendo once varas. Completaremos, con estas corridas ribereñas, las que Montes pudo lidiar en Madrid para una mejor visión de conjunto.

La tercera media corrida madrileña tuvo lugar en la tarde del día 16 de mayo de 1831, con ganado de Manuel de Gaviria, Eugenio de Paredes y Juan Domínguez Ortiz, y actuando como picadores Juan Pinto y Francisco Sevilla, y como espadas Juan Jiménez, Manuel Romero y Francisco Montes. En ésta, Montes da, por vez primera en Madrid, el salto de la garrocha; lance de la lidia que causa una enorme admiración, quizá por la gran novedad que suponía una suerte olvidada por la mayor parte de los aficionados, ya que tan sólo los más mayores pudieron verla en época goyesca. El anónimo cronista la describe minuciosamente, fruto de su cierta perplejidad, al narrar lo sucedido en el primer toro de *Paquiro*:



Fig. n.º 5.- *Francisco Montes*, barro policromado, escuela de imagineros malagueños. Museo *Paquiro* de Chiclana.

«3º...De Ortiz: cornidelantero, bravo y boyante, siempre llegó, tomó 15 varas creciéndose en todas, dio tres porrazos a Pinto,

remató el caballo de Sevilla, hirió el que sacó después, le pusieron 9 banderillas y le mató Montes de un pinchazo en hueso, una en buena dirección que le salió atravesada por detrás del brazuelo izquierdo, otro pinchazo en el testuz, todo recibíéndole; otras tres muy buenas a volapié, y no habiéndole rematado le dio 7 pinchazos con la espada para atronarle, y por no haberlo conseguido se le remató con la puntilla. Estando el toro en las primeras varas y con todas sus piernas le dio Montes el salto mortal en esta forma: toma una garrocha y se va con ella a los tercios de la plaza, cita al toro, éste le arranca, y cuando se van a encontrar en el centro de la suerte hinca el diestro la garrocha en el suelo y apoyado en ella le da el salto por encima de la cuna quedándose de pie a la cola de la res (...).

*El Correo*, más inteligente, quizá, en la materia, también se sorprende, y tras contarnos las 16 varas del toro (una más que el otro crítico), nos refiere:

«En este intermedio Montes se situó solo en el centro de la plaza, y teniendo una garrocha en las manos, citó al toro (que estaba más cerca de la barrera que de los tercios); partió éste, primero al trote y enseguida a la carrera, y al meter la cabeza para dar el temporal, apoyándose aquél sobre la garrocha saltó al toro de cabeza a cola con gran serenidad y destreza».

A pesar de la sorpresa y grato efecto que causó el salto de la garrocha, Montes no pudo acabar convenientemente con el toro, necesitando, según el diario, hasta cinco estocadas de diferentes clases. En el sexto toro, de Gaviria, Montes dio dos estocadas, «al parecer buenas, pues no se distinguieron por estar ya oscuro».

El anónimo autor madrileño resumiría el festejo pero sin dejarse llevar por el lógico entusiasmo: «La función buenísima; los matadores como se demuestra; los picadores muy duros, siempre picando; pero siempre en el suelo; estuvieron muy asis-



tidos por Romero y Montes, éste con serenidad y acierto algunas veces, pero siempre tropezado de los toros (...). La gente salió muy contenta y los aficionados también».

No le deja desairado la opinión de *El Correo*, que afirmaría que:

«La corrida ha sido una de las mejores y más completas que se han visto de algún tiempo a esta parte, habiéndola hecho más divertida la vistosa y arriesgada suerte que hizo el intrépido Montes. Aunque esta suerte es ajena del arte de torear, no por eso deja de tener mucho mérito, pues desde luego supone en el que la hace fuerza, agilidad y destreza, acompañadas de la presencia de ánimo más serena para emplearlas oportunamente en el momento mismo del mayor riesgo, sin cuya circunstancia se expone a atrasarse o adelantarse en la suerte, y es cogido infaliblemente, como lo fue en Sevilla un gitano que la intentó en una de las corridas celebradas el mes pasado en aquella ciudad, de cuyas resultas fue al hospital muy mal herido. Montes la ejecutó con mucha limpieza, parándose a la cola del toro al concluir el salto, recibiendo muchos aplausos, que renovó el público en diferentes quites que hizo a los caballos con oportunidad e inteligencia».

Probablemente la suerte fuese abandonada tras los tiempos de Goya –que nos la describió gráficamente en uno de sus importantes grabados–, y de ahí la sorprendente novedad que supuso para los aficionados de la cuarta década del siglo XIX. La suerte brinda a Montes nuevos laureles que se unen a su eficacia en los quites y a la gran serenidad y aplomo que demuestra en la plaza. Estas características, ya destacadas por los cronistas del momento, y curiosamente repetidas en los escasos festejos transcurridos desde su presentación, se contrapondrán a muchas de las que afean el toreo de algunos de los primeros espadas del momento. Serenidad, agilidad, destreza, inteligencia, presencia de ánimo, vista y conocimiento de los toros, se constituirán en las principa-

les cualidades que adornan el toreo de Montes. Pero a ellas se irán uniendo, como en adelante iremos viendo, su alegría, el manejo del capote y muleta, su acierto en el herir –especialmente en la suerte de recibir–, sus juegos con el toro, recortes y galleos, y sus más diversos saltos. De ahí que estos primeros laureles se repitan en sus siguientes actuaciones, donde, además, saltará también al trascuerno.

Prodigará, en las siguientes funciones, un variado repertorio de lances con el capote, desde la verónica, pasando por la navarra, el de frente por detrás, la tijerilla, el abanico y otras suertes que gustaron sobremanera al público de la Corte. Siempre se encuentra pronto y raudo en el quite a los picadores, aspecto destacado en la época, que los espectadores valoraban muy positivamente, y que de forma interesada se señala oportunamente en los resúmenes de los festejos. Tanto *El Correo*, como el cronista anónimo, se encargarán de destacar estas y otras cualidades, ya descubiertas en tan sólo tres festejos. Nos subrayarán la actuación de Montes en casi todas las corridas en las que actúa en este año de 1831, ponderando estos valores que no logran encontrar, muchas veces, en los otros espadas contratados durante la temporada, aunque entre éstos destaquen Juan León y Manuel Romero Carreto.

No he podido hallar la crónica del segundo festejo de Aranjuez de este año, pero sí la de la tercera corrida, del 22 de mayo. En ella se correrían ocho toros de Hermenegildo Díaz Hidalgo, Manuel Bañuelos, Manuela de la Dehesa y Angulo y Conde de Cabezuelas, y junto a *Paquiro* actuaría Roque Miranda, *Rigores*. A Montes le correspondería el segundo, de Bañuelos, «blando y cobarde», al que sometió con «tres pases al natural» para matarlo de «una muy buena estocada recibiendo-le». Y debió ser buena también la preparación, ya que no es frecuente que se cite, en esta época, los pases de muleta que el diestro da para preparar el toro a la muerte. En el cuarto, de

Cabezuelas, «muy malo», su actuación sólo pudo tener lugar con el capote, ya que le echaron perros al manso. Eso sí, «después de haberlo sorteado Montes con la capa, echándole varios lances muy vistosos y con mucha gracia». Y si antes destacábamos sus pases de muleta, son todavía más raras las alusiones al toreo de capote en estos años. El hecho de reseñarlos supone un notable avance en las crónicas, hecho que casi debemos en exclusiva al diestro chichlanero, ya que, hasta ese momento, había sido harto infrecuente en las crónicas. El quinto también lo mataría *Paquiro*. Colmenareño, como el segundo, aunque bravo (15 varas), en esta ocasión el diestro no estuvo fino con el estoque. También acabaría con el séptimo, de Manuela de la Dehesa, que sólo recibió cuatro caricias de los picadores y tres pares de banderillas de fuego. Montes le dio «tres estocadas en hueso, cayendo de espaldas al encontronazo que dio en la segunda, y otra al volapié hasta la mano, aunque atravesada». Toreó, otra vez de forma admirable, con la capa al octavo, que también llevó perros, y con el noveno, que mató Juan Miranda, que estaba de media espada. Así finalizó un festejo en el que hubo de todo, correspondiendo lo bueno al matador gaditano.

Volvería a la plaza madrileña para la cuarta de temporada, celebrada el día 24 de mayo, con toros de Diego Muñoz y Pereyro, de la Viuda de D. José Rafael Cabrera y de D. Julián de Fuentes, para Juan Jiménez, Manuel Romero Carreto y Francisco Montes, y de sobresaliente de éstos Pedro Sánchez. En su primero, de Fuentes, Montes dio una atravesada «recibiéndolo y otra buena corta dándole las tablas». En el sexto toro de la tarde necesitó de tres estocadas para acabar con el de Diego Muñoz; la primera, también, en la suerte de recibir. No obstante, *El Correo* resume así la labor de nuestro espada: «Montes, siempre sereno y valiente, es infatigable alrededor de los caballos. Lo reparadillo del toro sexto privó al público de verle torear de capa de un modo poco conocido de los moder-

nos. Es de esperar que con la práctica se haga a dirigir la espada con más rectitud para que no salgan las estocadas atravesadas».

En el toreo de capa, Montes se revela como un maestro consumado, tal y como Cándido previera a su entrada en la famosa Escuela de Tauromaquia. De esta manera, en esta corrida del 24 de mayo, el autor anónimo destacará su labor con el capote y sus muchas ganas de agradar, y afirmará con respecto a la labor en el sexto toro: «Después de la primera vara le toreó de capa dándole tres lances al natural, y aunque se preparó dos veces para gallearle no pudo verificarlo». Subraya también su interés en lucir los toros que le tocaron en suerte, y nos cuenta que: «Montes haciendo caballeros a los toros con relevación de toda prueba», lo que demuestra, asimismo, su enorme afición.

En el cuarto festejo de Aranjuez, del día 29 de mayo, el diestro actuaría junto a *Rigores* y frente a toros de Bañuelos, Manuela de la Dehesa, José Pinto López y conde de las Cabezuelas. A *Paquiro* le tocaron en suerte el segundo (que cedió a un aficionado), cuarto (toro de las Cabezuelas que no mató porque le echaron perros), sexto y octavo. El segundo y quinto los mató un «caballero aficionado», que mucho nos tememos que fuera don Rafael Pérez de Guzmán, que aparecerá con su nombre e ilustre apellido más adelante en esa misma temporada. En el segundo, «el banderillero conocido por Capita le puso en una salida ocho banderillas, continuando poniéndole sus compañeros hasta 14». En el sexto, «después de haberlo galleado Montes bien y con gracia, lo mató dándole tres pases al natural y dos al pecho de una estocada en hueso recibéndole, y otra buena en los mismos términos». En el octavo no estuvo tan fino con el estoque.

Volvió a la capital para torear en la quinta corrida, celebrada el 30 de mayo (no el 3 como dice Cossío en la biografía del diestro), función de toros «en celebración de los días del Rey N.S.», en la que se lidiaron ocho toros de Gaviria, Guendulain,

Eugenio de Paredes y de Juan Antonio Lizaso y Felipe Pérez Laborda. Como espadas, para los seis primeros toros, estuvieron anunciados Juan Jiménez, Manuel Romero y Francisco Montes, mientras que como sobresaliente, para los dos últimos, lo fue Pedro Sánchez. Vuelve a destacarse, en ausencia de semejantes términos en los otros lidiadores, la labor con el capote de Montes, que en su primero, según el cronista anónimo, «Después de la 7ª vara le toreó el mismo de capa echándole 4 lances al natural», y en el sexto «haciéndole la vistosa suerte del abanico por cuatro o cinco veces, concluyendo con la de la tijera». *El Correo* ratifica esta buena impresión en el tercer toro de la tarde: «Montes lo pasó de capa al natural tres o cuatro veces con igualdad y gracia... y lo mató el mismo Montes de una buena recibéndolo y tardando en caer le dio otras dos costas, dejándole las tablas», y en el sexto: «lo galleó Montes haciéndole varias suertes muy finas y vistosas, matándole después de una buena recibéndole».

El día 5 de junio se celebraría la quinta corrida de toros en el Real Sitio de Aranjuez. Allí acudiría *Paquiro*, quien, en unión de Roque Miranda, y de Juan Miranda como sobresaliente, se ocuparían de dar muerte a siete astados de Vicente Vázquez, Bañuelos, José Pinto López y uno de las Cabezuelas. Correspondió el primer toro a un caballero aficionado (quizá Rafael Pérez de Guzmán), que acabó sin pena ni gloria con el vazqueño. El segundo, de Bañuelos, fue «bravo, duro y seco», llevando ocho varas, y siendo estoqueado, en su línea, mala línea por cierto, por *Rigores*. Pero, desafortunadamente, ocurrió durante la lidia del mismo el siguiente incidente: «Al quite que hizo Montes en la cuarta vara de Martín [Juan Martín, *el Pelón*] se llevó al toro hasta la barrera, la que no quiso tomar, pasándolo y repasándolo con el capote, ceñido siempre en las tablas; pero como el toro era muy celoso, y Montes no podía salirse, al intentar tomar la barrera lo recogió y volteó de uno a otro pitón,

despidiéndolo contra la barrera con una herida peligrosa entre otras de menos gravedad».

El pundonor, incluso la técnica y el valor de Montes quedaron a buen recaudo, pero no así su maltrecha anatomía, ya que en los primeros momentos se temió incluso por su vida, en tiempos en que la medicina se hallaba aún en mantillas y donde las infecciones se cobraban una buena porción de vidas humanas. El público así lo interpretó, y «todos estaban desazonados con la ocurrencia de Montes» nos contará *El Correo*. La herida, que se creía leve hasta el momento, parece, en efecto, que fue de mayor consideración que la prestada por los historiadores tradicionales.

Al día siguiente se celebró en la capital la sexta media corrida, con ganado de Gaviria, Diego Muñoz y Bañuelos, al margen de uno de gracia del Presbítero Sanz. A ella faltaría Montes, y eso se hizo notar, ya que si bien en las corridas anteriores los comentarios son positivos, y aun entusiastas, en ésta el diario madrileño, en su crónica, se despacha con que «aunque la corrida no ha sido mala, estuvo lánguida y monótona, hasta que la animó el sexto toro que fue bueno...». Ni Juan Jiménez, *el Morenillo*, ni Romero Carreto, ni Pedro Sánchez, *Noteveas*, pudieron suplir con éxito la ausencia del chichlanero, y así «se han alternado algunos lances que no carecían de mérito con suertes bastante deslucidas». El interés del público se centraba en *Paquiro*, y ante su ausencia el cronista se ve obligado a dar alguna noticia (caso excepcional en la prensa del momento, y que explica, bien a las claras, el valor superlativo que Montes empieza a tener entre la afición): «El vivo interés que han manifestado todos los aficionados a las funciones de toros por el joven Francisco Montes, prueba lo mucho que le aprecia el público y la grande opinión que se ha adquirido entre todos los que le han visto torear. Tenemos pues la satisfacción de anunciar que a las 24 horas del azaroso acontecimiento eran más consoladoras que en los primeros momentos las noticias que se tenían

del estado de su salud».

Se perdería, con el percance, las siguientes corridas, no sólo en Madrid, sino también la sexta de Aranjuez. En la séptima función madrileña, de nuevo, el cronista de *El Correo* vuelve a elogiar al ausente, al que algunos maledicentes quieren restar méritos: «... en una capital de provincia se atribuyen a padrino los cortos y circunspectos elogios hechos al diestro joven Montes en algunas relaciones de las funciones de toros, como si necesitara de ellos para captarse la voluntad de todos, y adquirir el concepto general de que goza; concepto que aun suponiendo, sin conceder, sea en efecto de aquellos diminutos elogios, honra mucho al articulista el haber sido tan favorecido del público, que inclinándole a favor de Montes le haya formado una opinión colosal. Pero como su fama sea en efecto (y esta es la verdad) de su sobresaliente mérito en el arriesgado ejercicio que profesa, de su vida arreglada y modales cultos, y del respetuoso y tierno amor que profesa a sus padres, preciso es confesar que no faltan licenciados entre los aficionados a toros que pueden ya doctorar». Y como resumen final del festejo en el que el ausente brilló con luz propia, nos contará que «La corrida sin poderse llamar mala ha estado poco divertida, y la entrada algo menor que la anterior».

¡He ahí el retrato del diestro como artista y como hombre en sus primeros años de profesión!

También estaría ausente en la octava corrida de temporada en Madrid, aunque el cronista de *El Correo* recuerda a sus lectores que sigue mejorando en su proceso curativo y que se le espera en breve. A pesar de ello, se lamenta del estado en que ha caído la suerte suprema: «... no podemos menos de pronosticar que poquito a poco va desapareciendo la gentil y gallarda suerte de matar. Nada de recibir los toros,... bailar, huir y cuartear sí...». Tampoco será favorable la opinión del crítico para la novena, en que destacará el mal hacer con banderillas: «¡Qué

modo tan lucido de banderillar! Por chiripa se ponía un par, algunas veces una sola, y otras se iban con ellas; pero en cambio se las tiraban y clavaban en la oreja o en la frente, y se ha verificado en otra corrida en el ojo de la muerte, sin duda para hacer más difícil y arriesgada esta suerte, proporcionando mayor lucimiento a los matadores. Cosas estupendas podrían decirse de estos; pero sería predicar en el desierto (...) Pero nada iguala a la impavidez y destreza de nuestro cachetero. ¡Cómo menudeaba los golpes de puntilla hasta hacer levantar el toro! Tan ágil en atronar como en poner banderillas, es admirable en el manejo de la media luna, pues con ella y el auxilio de los cabestros logra se lleven al toro al corral, sin necesidad de que se fatiguen las mulas».

Como puede fácilmente comprobarse, la plaza de Madrid, sin Montes, volvía a sus peores fueros, en una época ciertamente gris del toreo, en la que apenas Romero Carreto salvaba algunas tardes, y en las que se echaba de menos a Juan León.

Pero, como todo mal tiene arreglo, al fin, en la décima corrida se presentó Juan León en el coso de la Puerta de Alcalá, mejorando las impresiones generales. Y a ello se sumó el restablecimiento de *Paquiro* que, ansioso por recuperar el tiempo perdido, se enfrentó directamente con el que podía considerarse primer espada del momento. La función tuvo lugar el día 11 de julio de 1831, y no de junio, como afirma Cossío. Se lidiaron reses de Gaspar Montero (antes de Francisco Gallardo), de Fernando Freyre y de Juan Francisco Rivera, por los espadas Juan León, Manuel Romero, Francisco Montes y, como sobresaliente, Pedro Sánchez.

El primero de la tarde correspondió a Montes, por cesión de Juan León, con el que alternaba por vez primera. *Paquiro* lo mató «de una buena recibido». León no estuvo mal en el segundo, y aunque necesitó de tres estocadas, todas fueron buenas, en especial el último volapié «corto, ceñido y muy pronto». En el



cuarto, de Freyre «muy bravo y boyante», comenzaron los alardes. El toro tomó 26 varas de Pinto y Hormigo y, en el intermedio, «Montes citó al toro de frente desde los medios, y lo saltó (apoyándose en una garrocha) de cabeza a cola, pasando por cima del lomo, cayendo derecho, y quedándose quieto con la mayor serenidad. León lo saltó después al trascuerno, y últimamente lo ejecutó Montes pasando sobre el hocico del toro.

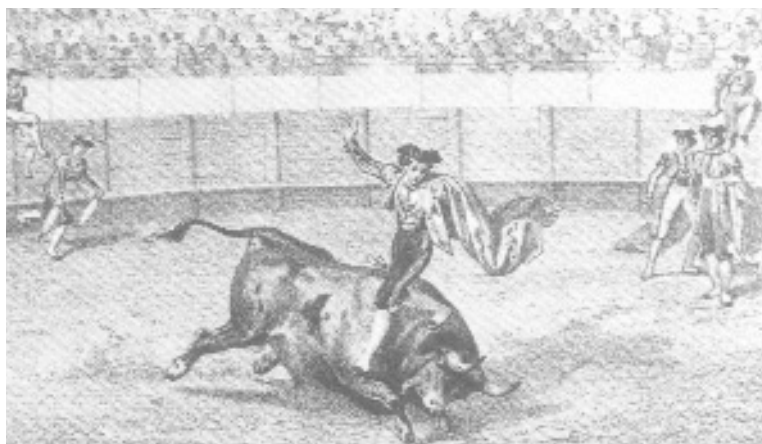


Fig. n.º 6.- *Paquiro en el primer tercio*. Litografía de la época. Apud Claramunt, F. (1989): *Historia Ilustrada de la Tauromaquia*, Colección *La Tauromaquia* n.º 16, Madrid Espasa-Calpe, pág. 287.

Seguidamente le puso León tres pares de banderillas con mucha gracia y limpieza, y lo mató Luis Rodríguez, por cesión de Montes...». Si, en días anteriores, se quejaba el cronista de que la función no había sido como deseara el respetable, en ésta se deja llevar por la alegría y el entusiasmo: «se dijo que una corrida que los toros hacen sea fría, la animan y hacen alegre los toreros, supliendo con su destreza el poco juego que dan aquellos. Esta corrida, que de suyo hubiera divertido poco atendida la desigual calidad de los toros, la han animado los toreros, que

se esmeraron en hacer suertes lucidas y vistosas, trabajando los toros con oportunidad y destreza, tanto en las suertes de a caballo como en las de a pie».

El periodista de *El Correo* lanza sus campanas al vuelo amparándose en la presencia de Juan León, «que conoce el lugar que ocupa, el terreno que pisa, y en el que deben estar colocados ya los toros ya los que los lidian, para que el espectáculo produzca todo su efecto», y más adelante afirma, «trabajó con maestría los dos toros que mató; pero el mérito del tercer volapié dado al segundo toro y el único del quinto son superiores a todo elogio. Preparados con inteligencia, y ejecutados con suma precisión y habilidad... Como ha sido tan sobresaliente en la de banderillas, nada se dirá del arte y gracia con que banderilleó al cuarto toro; pero sí debe elogiarse el interés y eficacia con que anduvo al lado del joven Montes». Y del espada de Chiclana dirá: «Al presentarse éste por primera vez en la plaza restablecido de sus heridas, recibió muchos y repetidos aplausos, de los que participó también Juan León. Después de haber hecho la suerte, que podemos llamar del abanico, con mucha gracia y serenidad, no contento con haber saltado al cuarto toro del modo que va referido, cuya suerte se explicó en el número 446 de este periódico, repitió otro salto tan expuesto si no tan difícil como el primero, manifestando en esto, en los diferentes quites, y en el modo con que mató y trabajó el primer toro, que su valor nace en el corazón, pero no sale a la boca».

El cronista anónimo, en su resumen, destacará la labor de ambos toreros en parecidos términos: «La función alegre y divertida y amenizada con los saltos y juguetes de León y Montes que en unión de Romero estuvieron como se deja demostrado. El primero trabajó bien sus toros y asistió a sus compañeros con acierto y oportunidad. (...) La gente salió contenta y los aficionados lo mismo».

En la undécima corrida, del 18 de julio, la plaza vuelve a

encontrarse mandada por los tres mismos espadas, León, Romero Carreto y Montes, a los que se unió Juan Jiménez, y que se las vieron con astados de Gaviria, Pedro Vera y Delgado y Miguel Martínez. El cuarto le correspondió a *Paquiro* que, tras dos pinchazos en hueso a recibir, lo mató de un volapié bueno y muy en corto. La función fue variada y pudo calificarse de divertida, según *El Correo*.

Nuestro cronista anónimo la resume de esta manera: «La función buena; los matadores como se deja demostrado: León, Romero y Montes trabajaron bien sus toros, y los dos segundos asistieron con inteligencia y oportunidad a los de a caballo que estuvieron buenos, mejor Sevilla que Pinto, que como siempre picó a caballo vuelto y levantado. León saltó el 6º toro por encima de la cuna recortándole, y aunque Montes le fue a hacer otra suerte no pudo verificarlo por no haberle visto el toro. Los banderilleros cumplieron, y todo, junto con los saltos de barrera que dieron algunos toros, contribuyó a que la gente y aficionados salieran contentos».

Sin más interrupción que la semana transcurrida y un día más, el 26 de julio se ejecutó la duodécima función, con reses de Fernando Freyre, Gaspar Montero, Juan Francisco Rivera y Juan Manuel Montiel, nuevos, de Marchena, en el Reino de Sevilla; lidiados por Juan León, Manuel Romero Carreto y Francisco Montes. A éste último le correspondió el tercer toro, de Ribera, calificado como duro, y que tomó 14 varas. *El Correo* nos relata que «Montes le dio tres o cuatro galladas muy vistosas... y lo mató el mismo Montes de una buena recibido y otra baja a volapié». En el sexto, de Montero, que apenas tomó tres puyazos, el espada de Chiclana «le hizo dos suertes al natural» y, tras las banderillas, «lo mató el mismo Montes de una buenísima estocada recibéndolo».

El anónimo crítico madrileño destaca que el primer toro alcanzó a tomar 16 varas (frente a las 14 del diario), y que Montes le hizo por tres veces la suerte del abanico, y que en el

sexto «Montes le fue a torear de capa y la gente no se lo permitió por lo que sólo pudo echarle 2 lances al natural, le pusieron 6 banderillas y le mató el mismo de una excelente estocada en los rubios recibéndole».

Que las pasiones se hallaban encendidas en la plaza y afición madrileñas es un hecho. El periodista de *El Correo* dedica todos sus comentarios a censurar los partidos formados en el respetable, que sólo veían lo bueno de uno de los ídolos del momento y negaban todo mérito a los otros. Para él, aunque no lo cite expresamente, fueron dignos de aplauso tanto Montes como León, aunque sitúa a Romero un tanto por detrás de ellos. El crítico anónimo fue algo más explícito: «La función se empezó a las 5 y media con asistencia de S.A. el Serenísimo Sr. Infante D. Francisco y su Augusta Esposa, fue divertida y hubiera sido más si el público no impidiera a Romero y Montes que hicieran, cada uno en su toro, las suertes de capa que saben ejecutar, las que verificarían con la destreza y maestría que tienen acreditada; los dos estuvieron buenos en la continua asistencia que prestaron a los de a caballo, y ellos y León en lo demás como se deja demostrado. (...) La gente salió contenta y los aficionados también».

El 2 de agosto se celebró la decimotercera corrida de temporada. Toros de Manuel de Gaviria, Diego Muñoz y Pereyro y José María Durán, para Juan León, Manuel Romero y Francisco Montes. *El Correo* nos refiere que a Montes le correspondió el tercero, de Durán, que llevó fuego, pero que trasteó con maestría el diestro «disponiéndolo con mucho acierto a la muerte, de una asombrosa estocada recibéndolo, así como un general aplauso». Y en el resumen nos contará que «El toro tercero, cero en las varas y mármol en las banderillas. Inmóvil como una estatua hubiera dado mucho que hacer si Montes, tan sereno como diestro, no se cerrara con él dándole una estocada digna de los tiempos del inmortal Pedro Romero». La calidad de la estocada

queda ratificada por la otra fuente coetánea: «De Durán: cornalón y algo paso, cobardísimo, tomó una vara, le pusieron 9 banderillas de fuego y le mató Montes de una excelente en los rubios a volapié».

No desmereció su labor en el sexto, de Gaviria, que *Paquiro*, según el diario madrileño, mató «manejándolo diestramente, de dos buenas estocadas, ambas a volapié excelente, dándole las tablas en el segundo». Y añade, «Después de la suerte de varas poniéndose el mismo Montes la capa por la cabeza, como el que va a asustar a los muchachos saltó el toro al trascuerno con gran limpieza y agilidad, lo que celebró mucho el público». Y añadirá al fin de su relato: «Montes lo saltó y mató con aquella imperturbabilidad que todos admiran en este joven. Su modo de presentarse al toro para pasarlo de muleta llama la atención aun de los menos aficionados por la confianza que inspira. Luego que se presenta delante del toro se para y ocupa el centro, llevando el brazo y muleta caído naturalmente; da con mucha gravedad y mesura los pasos necesarios hasta llegar a jurisdicción, en cuyo momento avanzando con viveza el brazo y pie izquierdo cita al toro, y si no parte da algunos pasos atrás, y vuelve a acercarse del mismo modo que se hace cuando se trata de observar si un enfermo duerme, y acercándose más que en la anterior cita la repite en los mismos términos; y como está hecha de cerca y sin prevenir al toro, pocas veces deja de responder. Del mismo modo se conduce, ya disponiéndose a recibirlos, ya preparándose para echarse a volapié, y así da las excelentes estocadas que tanta y con tanta razón aplaudió el público».

No se puede hacer mayor panegírico a la serenidad, al valor y a la técnica en la suerte de matar que la que hace el cronista, muy probablemente don José María Carnerero, que a la sazón firmará algunas crónicas en este mismo diario en años próximos. Pero, ¿se dejó acaso llevar por la parcialidad, por el entusiasmo hacia quien estaba revolucionando el mundo tauró-

maco madrileño? De ninguna manera. Su alter ego en la crítica de estos años, alaba asimismo al espada gaditano en estos términos: «La función buena, y los matadores como se deja demostrado a excepción de Montes que estuvo de bueno como nunca; (...) la gente salió contenta y los aficionados también».

Seis días más tarde tendría lugar la siguiente corrida, con toros de Gaviria, Fernando Freyre y de la sociedad Victoriano Sanz Arnanz y Toribio Valdés, de Pedraja del Portillo; que mataron Juan Jiménez, Manuel Romero Carreto y Francisco Montes (no salió León por hallarse enfermo). Nuestro espada, según *El Correo*, mató al tercero, «duro, pero muy cobarde», «cerca de los medios, de una muy buena estocada recibéndolo»; y al sexto, de Gaviria, «bravo», «de dos bien dirigidas en hueso, la una recibido y la otra arrancando, un pinchazo en el brazuelo y otra muy buena a volapié». Labor desigual, a priori, que, sin embargo, agradó al público por lo que el cronista nos muestra a continuación: «Aunque de muchas piernas el tercero economizaba su uso para partir a los caballos, reservándolas para revolverse velozmente sobre Montes al dar este un pase de muleta; pero burló el joven la maligna intención de la fiera dándole un pase de pecho con aquella agilidad serena que le distingue, y enseguida una excelente estocada hasta el puño y por todos los altos»; y en el sexto «sólo diremos que nos pareció tuerto del ojo izquierdo, cuya circunstancia dio motivo a que Montes manifestase su destreza, trabajando el toro en suerte encontrada y cambiándose, porque pegado a las tablas se tapaba con ellas el ojo bueno».

Basta lo dicho para entender que en el caso de *Paquiro* no eran sólo su valor y arrojo, serenidad y atención a la lidia, sus principales cualidades, sino que, además, mostraba un conocimiento de las reses, una inteligencia en la materia que asombraban a sus contemporáneos. Lo hacía casi todo bien, y lo hacía conforme a las más estrictas reglas del arte. Si a ello sumamos las

cualidades precedentes, la variedad y el gusto con el capote, los innumerables quites, el manejo precoz y eficaz de la muleta y la corrección en las estocadas, casi siempre recibiendo en los primeros intentos, tendremos al torero completo que revolucionó la tauromaquia de los años 30. Téngase en cuenta que a principios de temporada se le achacaba el defecto de atravesar al matar, y que aquello desapareció en el transcurso de las primeras corridas de la misma, aprendiendo del defecto para corregir su técnica.

Pero no nos dejemos llevar por la aislada opinión del periodista y veamos que se deja dicho en las crónicas anónimas, con respecto al sexto toro: «De Gaviria: cornibrocho y tuerto del ojo izquierdo o de la muleta, bravo y muy sencillo, casi siempre llegó, tomó 7 varas, (...) y le mató Montes de dos pinchazos en hueso recibéndole, habiendo sido arrollado a las tablas en el segundo con las que llevó un fuerte encontronazo, una entre el codillo y las costillas falsas del lado derecho recibéndole, un pinchazo con la espada para atronarle, y no habiéndolo conseguido le dio otra buena a volapié estando el toro aculado a las tablas». Únase a lo dicho, el suceso de ser arrollado y contusionado por el toro, muy probablemente porque, al carecer de visión adecuada por el lado izquierdo, no obedeció oportunamente a la muleta en el momento del embroque de la estocada recibiendo. De ahí que, una vez serenado el espada, tras el intento de descabello, acudiese con acierto a la suerte de volapié, no dejando al toro ocasión para hacerse, de nuevo, con el bulto del torero.

Tras lo más arduo de la canícula se reanudaron los festejos a finales del mes de agosto, y así, para el día 29 se anunció la decimoquinta corrida, con astados de Hermenegildo Díaz Hidalgo, de Fernando Freyre y de Francisco Larriba, de Jerez de la Frontera, nuevos; para Juan León, Juan Jiménez y Francisco Montes. A éste le tocaron en suerte el tercero, del neófito Larriba, «temeroso» de carácter, y que según la crónica del diario fue esto-

queado por el diestro «de una bien dirigida que tropezó en hueso y otra que lo discordó, recibéndole en ambas». Tanto León como Jiménez estuvieron poco afortunados en la muerte de sus toros, y con ello llegó la lidia del sexto, en la que a Montes le correspondió la muerte de uno de don Hermenegildo, «muy bravo y que llegó siempre», al que se le pusieron nueve varas y tres pares de banderillas, ocupándose de él de «una corta recibido y otra buena a volapié corto, en que quedó enfrontilado por el toro, que partió en el mismo instante que Montes; pero sin que al parecer haya recibido daño alguno».

Dicho con otras palabras, según el crítico anónimo: «...y él llevó un varetazo o testarada que le hizo perder terreno, y hubiera sido víctima del toro si León no se le hubiera llevado con su capote». En su parco resumen apenas se salva el diestro de Chiclana entre los de a pie: «León, en el cuarto toro, hizo suertes y cambios de mérito, y algunas otras que sólo podrían disculparse en un principiante; por estar mal situado tomó el olivo fuera de suerte y dio dos estocadas al aire en dos volapiés, acreditando con esto que si bien es cierto que posee conocimientos en el arte de torear, también lo es que no los aplica con aquella oportunidad que en algunos casos se requiere. Jiménez como se deja demostrado, y tan sofocado como tiene de costumbre cuando no mata los toros a la primera estocada. Montes menos feliz que en las corridas anteriores, pero siempre con la misma intrepidez y serenidad».

La decimosexta corrida se celebró el 5 de septiembre. En ella participaron ocho toros, divididos en dos tandas, de las ganaderías siguientes: Manuel Gaviria, Francisco Javier Guendulain, Vicente José Vázquez y Fernando Freyre. Todo ello para los matadores Juan Jiménez y Manuel Romero, en primera tanda, y Juan León y Francisco Montes, en la segunda. A *Paquiro* le tocó lidiar el sexto y octavo. Su primero era de Guendulain, «muy blando», y al banderillearlo «le hizo Montes cuatro o cinco suertes al natural con mucha gracia e igualdad,



matándolo después de una algo baja, recibéndolo, y brindándolo al tendido inmediato en el momento en que a su cite le partió el toro», nos dirá *El Correo*. En el octavo, su segundo, de la ganadería de Freyre, «bravo pero incierto», después de un salto al trascuerno de León, «Montes le hizo dos suertes figurando con pies y capa un abanico». León, probablemente picado, le dio dos recorres muy buenos y, de nuevo Montes, «colocado el capote naturalmente sobre los hombros, y recogidas al pecho con ambas manos las orillas de los embozos, se encunaba y citaba al toro de espaldas; y al meter éste la cabeza lo cuarteaba dando un salto atrás, y girándose al mismo tiempo en el aire se quedaba cara a cara con el toro cerca de éste y muy sereno, repitiendo tres veces esta nueva y lucidísima suerte». Acabó con el astado de «una estocada buena recibéndolo», y convirtiéndose en el héroe de la tarde.

El cronista del diario se extenderá en los comentarios acerca del diestro gaditano: «La nueva suerte ejecutada por Montes ha gustado sobremanera. El desahogo con que principia, media y concluye ésta y las demás que emprende es tal, que los más aficionados se asustan al verlo tan sereno, y al parecer tan descuidado al rematarlas; pero deben tranquilizarse sabiendo que el insigne Pedro Romero toreaba del mismo modo, y no sabemos que fuese herido; que lo vistoso del arte consiste en estar siempre muy cerca de los cuernos, y verlos con el desprecio que los de los caracoles para evadir su encuentro, lo que sólo se logra con serenidad, firmeza y conocimiento de los movimientos mecánicos de los toros. Todo lo contrario hemos visto en estos últimos tiempos: bailar, huir, correr, vacilar y temer hasta desfigurar la arrogante gallarda suerte de matar, única, que a más no poder, se ha conservado; pero tan fea que no la conocería su padre. Así que no hay que intimidarse, y déjese al muchacho la satisfacción de restablecer el arte de torear, presentando a la actual generación todas las bellezas de que es susceptible este atrevido y varonil ejercicio».

A su juicio, por tanto, la labor de Montes era regeneradora del toreo, y el que éste practicaba sólo comparable al más grande de los diestros que había contemplado la historia: el mismísimo Pedro Romero. No había nadie capaz de ejecutar las suertes con la serenidad y arrojo de Montes, éste destapaba suertes ocultas y perdidas en el olvido de lo añejo e inventaba otras completamente novedosas como la descrita. Y llegaba hasta asustar, por su temeridad bien controlada y calculada, hasta a los más conspicuos aficionados, que no estaban acostumbrados a ver tales lances de valor y técnica por la decadencia en que había caído la tauromaquia en las primeras décadas del XIX. Montes vino a resolver aquel panorama incierto, a rescatar del olvido y de las polvorientas páginas de la primera tauromaquia, suertes en desuso, alardes de técnica que asombraban al respetable; vino en fin, a revolucionar la propia fiesta de los toros. Y lo consiguió, no en una temporada, sino apenas en unos cuantos festejos. Ya no le llegaban a su altura ni aun los más encumbrados diestros del momento, y pronto quedaron atrás no ya los *Sombrereros*, *El Morenillo* o *Rigores*, diestros al fin y al cabo casi secundarios, sino aun el mismo Juan León o Romero Carreto, las dos máximas figuras del momento.

Había que rendirse a la evidencia, y desde las páginas de *El Correo Literario y Mercantil* así se hace. Pero, ¿qué dice de ello el, más parco y duro, cronista anónimo? Al hablar del segundo toro de Montes, nos recuerda que era de Freyre: «cornicorto, muy franco, tomó cinco varas, dio un porrazo a González, León le saltó dos veces al cuarteo recortándole, Montes le toreó de capa haciéndole cinco veces la suerte del abanico y otros varios juguetes con los que agradó mucho al público, pusieron al toro ocho banderillas y le mató dicho Montes de una algo baja recibido». En su resumen apenas destacará, entre todos los lidiadores a Romero Carreto (que era la niña de sus ojos, ya es hora de comentarlo) y a Montes, elo-

giando su labor «en su continua asistencia a los de a caballo las poquísimas veces que lo necesitaron». Culmina su comentario del festejo añadiendo que, pese a todo, «la gente salió descontenta hasta no más».

Un nuevo paso adelante, en la temporada que estudiamos, nos sitúa en el decimoséptimo festejo, del día 12 de septiembre, con reses de Hermenegildo Díaz Hidalgo, Gaspar Montero y Pedro de Vera y Delgado, y como matadores principales Juan

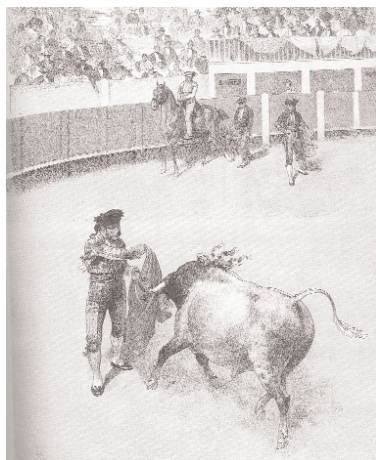


Fig. n.º 7.- *Capeo a la tijera*. Litografía de *La Lidia*. Apud López Uralde (2000: 14, 245).

León, Juan Jiménez y Manuel Romero. *Paquiro* no toreó en éste por hallarse toreando fuera de la capital. El diario será parco en alabanzas, destacando, apenas, «Dos toros, dos recortes, hechos el uno por Romero y el otro por León, cuatro estocadas y la valentía con que los mozos de la cuadra detuvieron y sujetaron el caballo de González... El resto de ella ha estado lánguido...». Echa de menos el redactor a las variadas suertes que pueden hacerse con las capas, como las que Montes y León hicieron en

la corrida precedente al sexto toro. Y que conste que, en su juicio, coincide plenamente con el del anónimo escritor, que resume el festejo de esta forma: «Pocas [particularidades] y de ninguna consideración han ocurrido: dos estoques rotos, el uno por León y el otro por Romero; dos recortes hechos por los mismos; dos toros buenos y muchos caballos malos, motivo por el que los picadores no estuvieron tan trabajadores como en otras funciones, es lo que más llama la atención en la de este día. Los banderilleros trabajaron bien y el público salió disgustado. Los matadores estuvieron como se deja demostrado y la entrada fue tan floja como la función pues apenas llegaría su total producto a treinta y ocho mil reales».

Volverá el espada de Chiclana, sin embargo, para la siguiente corrida, que tuvo lugar el 19 de septiembre, con ganado de Gaviria, Muñoz, Hermenegildo Díaz Hidalgo y Bañuelos, para los espadas Juan Jiménez y Francisco Montes, en primera tanda y Juan León y Romero Carreto en la segunda parte del festejo. *El Correo* no destaca a Montes ni en su primero, al que mató de «una baja recibido», ni tampoco en su segundo, de Bañuelos, bravo, en el que el diestro «después de haberle dado en los medios un pase muy atrevido, [lo mató] de una baja a volapié». No obstante, aunque al final asevera que «los toreros han cumplido, y si los toros hubieran dado más juego, hubieran podido animar la función», se detiene a analizar, en exclusiva, la labor del diestro gaditano. Y así refiere lo siguiente: «No ha gustado a todo el mundo el modo con que Montes mató su primer toro, pues deseaban que lo muletease; pero el toro con dificultad hubiera partido, porque no tenía fuerza para resistir los pases, y acaso por esto lo trató como un juguete, armándose a la muerte en una salida que hizo el toro al correrlo a las tablas. Todo lo que hubiera hecho con aquel toro no igualaría a la gallardía con que pasó en medio de la plaza al toro de Colmenar. Es cierto que las estocadas han sido bajas; pero en este punto me refiero al erudito Moratín».

Al margen de la disculpa de la suerte suprema, amparada en don Nicolás Fernández de Moratín, justificando que un mal toro no merece otra cosa (¡qué cuestión tan traída y llevaba a lo largo de los tiempos!), merece la pena destacar dos comentarios al hilo de la narración de *El Correo*. En primer lugar que el público quería que Montes muletease al primero que le correspondió. Sí, que le toreara con la muleta, en una época en que este instrumento apenas era defensa de los lidiadores u objeto para desviar la acometida de la res en la suerte suprema. Y es que no volveremos a ver referencias tales a la muleta hasta pasados muchos años, cuando va poniéndose, lentamente, de moda. Los aficionados del momento reclamaban a Montes que éste torease con la franela a sus toros, buena prueba de la maestría e innovación con que debía hacerlo, al menos para los cánones de la cuarta década del XIX. Y, en segundo lugar, creo que es destacable, como lo fue en alguna corrida precedente, la situación del diestro, no al amparo de las tablas, auxiliado por los picadores —que aún no abandonaban el ruedo en ningún momento— y probablemente tampoco por los banderilleros, cuya posición se situaba más cercana a la barrera, sino en los mismos medios de la plaza, dando a entender que a *Paquiro* no le importaba el recurso de tomar el olivo (sólo hemos visto, en esta temporada, que lo intentara en una ocasión, en Aranjuez, fallando en el intento y siendo cogido por el toro). No, demostraba con ello que no requería del amparo de las tablas, y que no necesitaba huir de los toros, porque su dominio era tal que podía domeñar a la fiera en los mismos centros del coso (que como hogaño superaba los 60 metros de diámetro). En ello se diferencia del común del resto de los lidiadores. Y en aquella posición, verdaderamente extraordinaria para su tiempo, se obliga a burlar a la fiera con «un pase muy atrevido». Estas son algunas de las bases, con los comentarios que hemos ido haciendo al hilo de la narración, sobre las que Montes edificará su revolución taurina. Y conste, además, que

queda corroborada esa impresión al leer la anónima crónica a la que tantas veces nos referimos: «y después de irse Montes a él con la mayor serenidad a los medios de la plaza y de darle en ellos un pase al natural le mató de una estocada corta por detrás del nacimiento del codillo a volapié», no perdonando, de esta manera, la deficiente estocada dada al toro, aunque destacando su valor en el cite en los medios del mismo coso.

En la siguiente corrida, decimonovena de la temporada de 1831, se lidió ganado de Fernando Freyre, de Gaspar Montero, del Presbítero Pedro Vera y Delgado y de Antonio Pueyo y Ribas, de Cantillana, nuevos, por Juan León y Francisco Montes, los cuatro primeros y Juan Jiménez y Manuel Romero, los cuatro últimos. *El Correo* narra con detalle la lidia de varios de los toros. En el primero, que correspondió a León, al caer el picador Juan Martín en la sexta vara, *Paquiro* hizo un quite arriesgado y peligroso, ya que «cebándose el toro en el caballo, Montes tenía a éste agarrado por la cola y tirándole hasta que logró volver y distraer la fiera». En su primer toro, «incierto y duro», de Montero, el diestro hizo un quite admirable, que el periodista cuenta de la siguiente manera: «Montes en cuclillas en el centro de la plaza, y con el capote por la cabeza, llamó al toro, que desde las tablas partió como un rayo, dejándole aquel burlado con un cuarteo muy corto que le hizo, saliendo empero con muchos pies, porque reparado el toro parecía llevaba alas en los suyos, siguiéndolo con mucho celo». Lo mató de «una excelente estocada, recibéndole tan parado, y dejándose caer tan de firme, que hubo de salir escaso de la cabeza del toro». En el cuarto toro «Montes hizo dos suertes al natural, y seguidamente dos galladas con igualdad y destreza», y si lo destacamos es porque al resto de los toreros ni se les citan tales lances, ni era costumbre referir los pases con el capote en estos tiempos que tratamos; valga por ello la reiteración. Acabó con la vida de este toro, «en los medios de una buena».

El más severo crítico anónimo relatará el sorprendente lance del segundo toro en estos términos: «Montes le fue a hacer un cuarteo en cuclillas con el capote puesto por la cabeza parecido a los que con tanta gracia ejecutaba el antiguo *Nonilla*; pero visto por el toro antes de tiempo tuvo que abandonar su proyecto y salir con muchos pies, y aun así necesitó tirarle la capa y el sombrero llegando juntos los dos a la barrera». Aunque creemos que lo trata con cierta injusticia, intentando anteponer a todo trance a Romero Carreto, narra la suerte con cierta detención, aspecto que, reiteramos, no solía hacerse en esta época, lo que significa que le causó cierta admiración o asombro. De la misma forma destacará su labor con el percal en el primero de su tanda: «Montes le toreó de capa echándole tres lances al natural y dos galleos». Y si acaso no le gustó el lance que atribuye a Manuel Rodríguez *Nona* (o *Nonilla*, como lo cita con cariño), sí que vierte encendidos elogios, sin embargo, en la suerte suprema tanto del segundo como del cuarto de la tarde: «le mató el mismo Montes de una excelente estocada en los rubios recibéndole y quedándose encunado, de donde no hubiera salido a no haber dejado al toro sin fuerzas para seguirle», y «de una excelente estocada en los rubios a volapié, dando al toro los medios y quedándose encunado como en la anterior». Pese a todo, el relator le pone algún que otro pero a su labor: «aunque Montes obtuvo muchos aplausos por su serenidad y sus dos buenas estocadas, estuvo muy tropezado de los toros».

La vigésima corrida se anunció para el 6 de octubre con toros de Gaviria, Bañuelos y Elías Gómez, de Colmenar Viejo, nuevos. Frente a ellos alternarían Juan León, Manuel Romero Carreto y Francisco Montes. En su primer toro, según relata el diario madrileño, *Paquiro* «con el capote terciado se situó en el centro de la plaza y buscó ocasiones en que viéndole el toro le partiese; pero el animalito se hacía el desentendido. Al fin buscado en todas direcciones, tendió la capa por detrás, y a duras

penas y con frialdad tomó el toro dos suertes, matándolo después que le pusieron dos pares de banderillas de una excelente estocada recibíéndole (Muchos aplausos)».

En el siguiente toro, como el anterior de Elías Gómez, que fue «cobarde», Montes intentó, una vez más el salto de la garrocha: «lo corrieron en varias direcciones para que partiese a Montes, que solo, y con una garrocha en la mano, le aguardaba impávido y sereno en el centro de la plaza. Al fin le parte, pero con lentitud; llega a Montes, salta éste por encima del testud; pero tardando la fiera en pasar, le toca con el pie en el cuadril; sin embargo cae de pies, y queda a la cola más firme y sereno que los sobresaltados espectadores». El toro fue muerto, después, por Juan León, lucidamente, de un mete y saca a volapié. El periodista nos relata que «Aunque éste [el toro] intentó saltar la barrera dos veces no lo consiguió; lo que no es común en los toros de Colmenar», probablemente en contraposición a los navarros, que lo hacían con frecuencia, las más de las veces por la codicia con que perseguían a los de a pie.

En el quinto toro León saltó al trascuerno, haciéndolo a continuación Montes, «con mucha limpieza». Acabaría con su vida Romero Carreto de una buena al volapié. En el sexto y último, de Bañuelos, Montes ejecutó una faena de muleta que el relator consigna fue hecha «con serenidad, destreza y prontitud», matándolo de dos volapiés y una recibiendo. La función resultó «alegre, ligera y divertida», sirviendo sólo de censura al periodista la forma de matar el segundo que tuvo Manuel Romero.

También el escritor anónimo destaca la muerte del tercero, aunque apunta que fue en la suerte del volapié, por lo que quizá debamos quedarnos con una suerte intermedia (al encuentro, bien aguantando o arrancando): «Montes le galleó dos veces, le pusieron 4 banderillas y le mató dicho Montes de una excelente en los rubios a volapié». En todo caso, la estocada fue excelente y mereció justificados aplausos.



La última corrida de temporada ordinaria, la vigésimo primera, se celebró el día 10 de octubre, en celebración del feliz cumpleaños de la Serenísima Sra. Infanta D<sup>a</sup>. María Isabel Luisa, corriéndose reses en plaza entera y partida, de Fernando Freyre, Eugenio Paredes, Hermenegildo Díaz Hidalgo, Francisco Javier Guendulain y Vicente José Vázquez. En plaza entera actuarían Juan Jiménez y Juan León; mientras que en plaza partida estarían, en una Manuel Romero, y en la otra, Francisco Montes con dos de sus banderilleros y dos de Jiménez. Pasando por alto la labor del resto de los diestros nos centraremos en la del chiclano, como otras veces.

*El Correo* nos relata así su labor: «Primer toro de la izquierda, de id. [Hermenegildo Díaz Hidalgo]; muy bravo y pegajoso; tomó veinte y una varas de González, hiriéndole en todas (poco o mucho) el caballo, excepto en las dos primeras y en las cuatro últimas, habiendo rematado uno en la séptima y otro en la decimotercera, en la que caballo y toro cayeron de cola, después que éste en la decimoquinta sacó clavada la garrocha en el gran boquete que le habían abierto las varas. Montes le hizo varias suertes de capa muy finas y graciosas, y después que pusieron al toro cuatro pares de banderillas lo mató de una regular (Repetidos aplausos)». En su segundo, «muy cobarde», de Guendulain, Montes no pudo lucirse, y lo mató de una baja «después de haberle hecho diferentes suertes de capa». En su tercer y último toro, el periódico nos informa que: «Tercero de la izquierda, de id. [Vicente José Vázquez]; blando; tomó once varas de González, llegando en la penúltima al caballo. Montes le hizo varias suertes a la navarra, de frente por detrás, alternando de uno y otro modo, poniéndose y quitándose el capote, matándolo (después que le pusieron un par de banderillas) de una excelente estocada».

Fue, a juicio del diario, la «corrida más alegre y animada de toda la temporada», quedándose muchísima gente sin poder

entrar en la plaza. Los matadores, especialmente en la división de plaza, se esforzaron por competir entre sí, y algo parecido pasó con los toros de esta segunda parte de la función, especialmente con los de Díaz Hidalgo. De ahí que el periodista destaque esta parte de la corrida: «amenizando una función que se iba haciendo monótona por la repugnancia que tenían los toreros a esta clase de lid; pero que renueva con éxito el diestro y valiente Montes, de cuyos primeros elogios no tenemos que arrepentirnos...».

Y acaso con menor detalle, pero con más dureza en la crítica, el escritor anónimo también, una vez más, se deja llevar por los epítetos levemente elogiosos y, así, nos cuenta que, a su primero, «Montes le toreó de capa con la serenidad que le es propia, haciéndole la suerte que algunos llaman del abanico»; a su segundo toro, «Montes le toreó de capa como siempre»; y al tercero que le tocó en suerte, «Montes le toreó de capa del modo que tiene ya demostrado, haciéndole dos suertes al natural y otras dos a la navarra»; y como resumen final, el cronista refiere que: «Romero y Montes con [los picadores] Sevilla y González hicieron cuanto supieron y pudieron», resaltando, eso sí, la labor de Romero Carreto por encima de la de *Paquiro*, al que atribuye una buena labor dentro de la línea que había iniciado desde su misma presentación, pero sin mayores resaltes en esta corrida postrera de la temporada: «aunque Montes los tuvo también muy repetidos [los aplausos] nada hizo nuevo ni que llamara la atención; pues ha estado lo mismo que el primer día». En definitiva, y según su particular juicio, «La gente salió muy contenta y los aficionados también».

Hubo aún, y por último, una corrida extraordinaria como fin de temporada, por «el feliz cumpleaños del Rey nuestro Señor», en la que hubo plaza partida y participaron un toro de Freyre, Gaspar Montero, Eugenio Paredes y Miguel Paredes (en plaza entera) y dos de Hermenegildo Díaz Hidalgo, Guendulain

y testamentaría de Vicente José Vázquez (en plaza partida). El matador de la plaza entera fue Montes, ya que Juan León se encontraba indispuerto; mientras que en plaza partida actuaron Pedro Sánchez (en lugar del referido Montes) y José de los Santos. *Paquiro* estuvo mediano en su primero, «bravo, aunque tardo», al que finiquitó de «una baja recibíéndole». Al segundo, «de sentido y blando» le «hizo un recorte muy limpio en los tercios» para acabar con su vida de «una estocada atravesada, otra muy buena, trabajándolo con serenidad y maestría, discordándolo a la tercera». En el tercer toro, de Eugenio Paredes, «bravo y blando», «habiéndole hecho Montes algunos lances de capa, lo mató de una corta y otra asombrosa a volapié finísimo». Por fin, en el último toro de esta temporada madrileña de su debut, de Miguel Paredes, «muy cobarde», «Montes lo saltó al trascuerno, ejecutándolo después un muchacho nuevo, no de mal arte, bullidor e intrépido», matándolo «de una estocada por todo lo alto asombrosa». En el juicio crítico del festejo, el periodista afirma que «Montes ha sostenido dignamente su gigantesca opinión, manifestando inteligencia en la dirección de la plaza, observando en esto la misma sangre fría y serenidad que le distingue en todo lo que hace».

Con el fin de la temporada terminan también estas líneas, aunque no sin antes destacar que cuando, al término de la misma, le cupo actuar como director de lidia por primera vez en su carrera taurómaca, *Paquiro* también salió airoso del trance, en tiempos en que ello se valoraba muy positivamente y se exigía, por parte del público, como no se hace ahora. Fue, pues, una temporada triunfal, apenas ensombrecida por los dos percances sufridos: el puntazo del primer festejo y la cornada, que pudo ser seria, en la corrida de Aranjuez. Montes estuvo presente en todas las corridas madrileñas, a excepción de las que faltó por estar herido, o de una única salida con la que se perdió el 17º. festejo. Como son escasas las noticias que de estas fechas se tienen, no

podemos saber dónde realizó la salida en concreto, aunque en estos años no era infrecuente que los espadas contratados en Madrid hiciesen sus salidas, entre las «corridas de abono», a plazas de ambas Castillas, o incluso a Pamplona o Levante, reservando para el final la salida a las corridas del Pilar en Zaragoza.

Como decíamos en un escrito previo, «Nos hemos detenido en ésta, su primera temporada, con cierto detenimiento porque a nuestro juicio muestra Montes en sus comienzos las mismas actitudes y aptitudes que le harán erigirse en la primera figura de la tauromaquia de su época en apenas un solo año. De ahí que sea preciso explicar cómo fue aquella, que vino a aportar y a cambiar el mundo del toro de aquel primer tercio del siglo XIX, en que la tauromaquia andaba casi a la deriva».

Cossío nos relata el entusiasmo que provocó la presencia de Montes en todas las plazas donde actuó, y llegó a ver «una hoja suelta publicada este año en Zaragoza y firmada con las iniciales F. G. de M., *Oda al mérito eminente de Francisco Montes*». En esta hoja efímera y volandera, al parecer, «se atribuye a Montes la invención del galleo, como en Madrid le atribuyen la del salto de la garrocha, lo que no puede concedérsele por los notorios antecedentes de tales suertes, pero sí el mérito de haber sido su restaurador, habiéndolas incorporado al repertorio taurino aún vigente hoy». No obstante, no ha quedado constancia de que Montes figurara aún en las corridas del Pilar de dicho primer año de su larga trayectoria como matador.

En 1831 Montes participó hasta en 17 festejos madrileños, pero esa cifra se superará en el siguiente año, donde alcanzaría la de 21 festejos en la Corte. Cantidades similares se observan hasta 1838, con la única excepción de 1837 en que sólo intervendría en seis fiestas, todas ellas después del verano, ya que no se contrató con los Hospitales en dicha temporada por cuestiones económicas y de antigüedad en los carteles. Desaparecerá de la plaza de la Puerta de Alcalá madrileña de ahí en adelante, con

escasas excepciones: «Así, en 1840 toreará en cuatro festejos después de la canícula, antes de trasladarse a Andalucía; en 1841, vuelve a torear la temporada completa, aunque no lo hace entre junio y fines de septiembre por estar por provincias; en 1842 tan sólo actúa en cinco corridas madrileñas tras el verano; en 1845 lidia una corrida extraordinaria al estar de paso por la Corte, a la vuelta de Pamplona; y de ahí desaparece su nombre



Fig. n.º 8.- Calle de Alcalá, al fondo Plaza de Toros Apud Reparaz, C. (2000): *Tauromaquia Romántica*, Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid, pág. 17.

hasta el postrer año de su carrera, 1850, en que intervendrá en 13 festejos, todos, lógicamente, antes de su última cogida, el 21 de julio, por el toro *Rumbón* de Torre y Rauri». Si mantenemos, como lo hacemos, que en la Corte, y muchas veces para actuar ante las mismas Personas Reales, la Junta de Hospitales sólo contrataba a lo más granado de la torería (cuando no se torcían los contratos por cuestiones dispares), habremos de concluir que Montes pasó a colocarse en primera línea desde el mismo inicio

de su carrera taurina, pasando a ser el centro de interés de la afición en apenas un pequeño puñado de corridas. De ahí en adelante serán todas las plazas del reino las que se disputen su presencia, su fama se elevará incluso por encima de nuestras fronteras, y para verle torear acudirán hasta notables literatos extranjeros. Indiscutible en apenas unos años, será el centro de la tauromaquia en aquellos años, reformador de la fiesta e inspirador del célebre tratado tauromáquico que vio la luz apenas cuando llevaba toreando seis años como espada. Pero, en buena medida, todo ello quedó fijado y asentado en sus actuaciones de este primer año en Madrid.

#### CONCLUSIONES

Francisco Montes debutó con notable éxito, como espada de cartel, el 18 de abril de 1831, alternando, por vez primera, con Juan Jiménez, *El Morenillo*, y Manuel Romero Carreto. Durante toda esa temporada los elogios van en ascenso, destacándole su serenidad y valor, en un principio, y después su inteligencia, el conocimiento de las reses, su hacer con capote y muleta, la oportunidad y atención en los quites, los saltos, galleos y recortes, su fenomenal actuación con la espada (que aunque en sus comienzos salía atravesada, quizá por la mala condición de alguno de los toros estoqueados, al final acabó siendo buena, excelente o asombrosa en muchas ocasiones, y practicando, casi siempre, la suerte de recibir que iba cayendo en el olvido), e incluso, en su último festejo de la temporada inicial, su dirección de lidia. Fue, pues, un torero completo, como hacía muchos años no se veía ninguno.

Su labor, fruto de los repetidos elogios, ha de compararse, tan sólo, con los míticos toreros de la famosa tríada del siglo XVIII, Pedro Romero, Joaquín Rodríguez *Costillares* y José Delgado *Pepe-Hillo*. Por lo tanto, es tal la fama y mérito que alcanza en este su primer año, que ha de ser glorificado

recurriendo a su directa comparación con el célebre Pedro Romero, el más elevado de los artistas taurinos del que se tenía memoria histórica.

Inventa nuevas suertes y lances que son destacados oportunamente en las parcas crónicas que conservamos, muchas veces con explicaciones poco precisas que muestran el asombro y la estupefacción de los que las vieron y son incapaces de transcribirlas.

Reintroduce suertes en el olvido, hasta el punto de que alguno de los cronistas, o el mismo público que las veía, las tomaba a veces como nuevas, sencillamente porque nunca antes habían podido contemplarlas. Así, por ejemplo, el salto de la garrocha, abandonado desde los tiempos goyescos.

Las escasas referencias que hasta entonces se hacían en la prensa sobre el modo de torear con capote y muleta, pasan a hacerse comunes. Los que hemos podido leer y rebuscar entre esas primeras crónicas periodísticas del siglo XIX, sabemos de lo excepcional de su relato, cuando cada toro quedaba narrado apenas con el número y circunstancias de las varas recibidas, el número de banderillas colocadas y la ejecución de la estocada. Con Montes es frecuente, en casi todas las reseñas, que se hable de cómo ejecutó tal o cual suerte con el capote, e incluso con la muleta –algo verdaderamente inverosímil en aquellos tiempos–, destacando en ocasiones su inteligencia, serenidad, eficacia y prontitud en el uso de estos engaños.

Al igual que en momentos puntuales anteriores había ocurrido, empiezan a aparecer en la prensa, a raíz de la presencia de Montes en la plaza de Madrid, artículos taurómacos firmados por diferentes sujetos (algo en lo que no hemos entrado en esta ocasión), defendiendo distintas posturas, e incluso a variados lidiadores, fruto de la efervescencia taurina del momento. Incluso, se discute en el periódico acerca de la denominación que debe tener tal o cual lance que ejecuta Montes, y si aquello

que se vio es navarra, de frente por detrás, abanico o tijerilla, llegando a arduos enfrentamientos en alguna ocasión. Suertes, por tanto, que habían sido prácticamente olvidadas y muy poco practicadas en los años precedentes a su irrupción en los cosos.

Incluso se deja entrever, en algún escrito, que podría haber cierto favoritismo hacia el diestro de Chiclana, pero eso es algo que, rápidamente, cae por su propio peso. Montes no es flor de un día, como tantos otros; *Paquiro* se mantiene en sus aptitudes y actitudes, en sus cualidades, a lo largo no sólo de toda esta temporada, sino de años sucesivos, prácticamente hasta el fin de sus días. E incluso en ese su primer año triunfal va incrementando tales características. Hasta el anónimo redactor de las crónicas que se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid ha de rendirse al fin a la evidencia, emparejando a su ídolo –Romero Carreto– con Montes, e incluso colocando muchas veces a éste por encima de aquél.

Todo ello culminará, apenas media docena de años más tarde, con la principal y más influyente tauromaquia de cuantas se han escrito. En sólo seis años verá la luz, arropado por su nombre, el más célebre, completo e interesante tratado sobre el arte de torear a pie, base de los primeros reglamentos, y que aún hoy, más de siglo y medio más tarde, sigue teniendo enorme vigencia en muchos de los artículos en él introducidos.

Montes vino a traer unos nuevos modos, una nueva forma de hacer en el festejo decimonónico. De la corrida seria y aburrida, con escaso lucimiento del diestro, que se acostumbraba en aquellos años, donde tras la suerte de varas apenas se pensaba en la estocada final, se pasó a un festejo alegre y bullicioso, donde abundaban los recortes, galleos y juguetes con los toros, donde se ameniza los escasos momentos libres con saltos y lancear de capa, y donde, finalmente, se introduce el muleteo como suerte, más que como estricta preparación del toro al trance final (que, de nuevo, Montes trastoca con la reintroducción de la suerte de



recibir). El adorno, el alegre bullir por la plaza, la innovación o el recuerdo de suertes olvidadas, son aspectos que recupera el joven diestro de Chiclana, características que junto con las anteriores motivarán una revolución cierta en la fiesta taurina.

Si por revolución se entiende, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, la «acción y efecto de revolver o revolverse», la «inquietud o alboroto», la «conmoción y alteración de los humores», el «cambio rápido y profundo de cualquier cosa», Montes fue un verdadero revolucionario; trajo consigo la necesaria revolución en el ámbito taurino que la fiesta necesitaba en momentos de cierta decadencia, aumentando hasta tal punto el interés por ella, que pasó a colocarse en el mismo centro de toda expectación pública. Y si se me permite, acudiendo de nuevo al Diccionario, aunque se halle fuera de contexto, la figura de *Paquiro* cumpliría también con la última de las acepciones del término, ahora dedicado al mundo de la astronomía: «movimiento de un astro en todo el curso de su órbita», de su trayectoria profesional, apostillaríamos nosotros.

